

**REVOLUCIÓN Y CONTIENDA POLÍTICA EN EL CARIBE:
REVALORIZACIÓN SOCIOHISTÓRICA DEL PROCESO GRANADINO (1979-
1983)**

**REVOLUTION AND CONTENTIOUS POLITICS IN THE CARIBBEAN:
SOCIOHISTORICAL REAPPRAISAL OF THE GRENADIAN PROCESS (1979-
1983)**

Gonzalo Esteban Calderón-Mendoza

Docente Programa de Sociología (UNAD). Maestrando en Estudios Sociales
Latinomaericanos (UBA). Correo electrónico: gonzalo.calderon@unad.edu.co

Recibido con pedido de publicación: 22 de enero de 2025

Aceptado para publicación: 10 de marzo de 2025

Resumen

La revolución granadina (1979-1983) constituyó uno de los intentos más audaces de transición al socialismo en el Caribe anglófono. Liderado por el Movimiento Nueva Joya (MNJ), el proceso supuso un quiebre con el parlamentarismo heredado del modelo británico e instauró una experiencia de democracia revolucionaria basada en la participación popular y la planificación estatal. Este artículo propone una revalorización sociohistórica de dicho proceso, integrando la teoría de la contienda política y el enfoque de la sociología histórica. El objetivo general es analizar las condiciones de emergencia, desarrollo y crisis del Gobierno Revolucionario del Pueblo (GRP) a partir de la articulación entre estructuras de oportunidad política, repertorios de acción colectiva y liderazgos revolucionarios. A través de un enfoque cualitativo, relacional y procesual, basado en el análisis documental y bibliográfico, se interpretan los mecanismos causales que hicieron posible, y posteriormente inviable, este experimento político. Así, la revolución granadina representa un laboratorio histórico para comprender las posibilidades y límites de la acción contenciosa en contextos periféricos y dependientes, así como una referencia analítica clave para repensar la democracia desde una perspectiva radical y situada.

Palabras clave: revolución granadina; acción colectiva; transición socialista; política contenciosa; Caribe; sociología histórica.

Summary

The Grenadian Revolution (1979–1983) represents one of the most ambitious efforts toward socialist transformation in the Anglophone Caribbean. Led by the New Jewel Movement (NJM), it broke with the British-derived parliamentary model to establish a form of revolutionary democracy grounded in popular participation and centralized planning. This article proposes a socio-historical reappraisal of the Grenadian revolutionary process by integrating the theory of contentious politics with the perspective of historical sociology. The main objective is to analyze the conditions of emergence, development, and crisis of the People's Revolutionary Government (PRG) through the articulation of political opportunity structures, repertoires of collective action, and revolutionary leadership. Using a qualitative, relational, and processual approach based on documentary and bibliographic analysis, the article interprets the causal mechanisms that made this political experiment possible—and ultimately unviable. In this way, the Grenadian revolution is presented as a historical laboratory for understanding the possibilities and limits of contentious action in peripheral and dependent contexts, as well as a key analytical reference for rethinking democracy from a radical and situated perspective.

Key words: Grenadian Revolution; collective action; socialist transition; contentious politics; Caribbean; historical sociology.

Introducción

En el marco de las transiciones políticas y sociales en América Latina y el Caribe durante la Guerra Fría, Granada representó un caso paradigmático de acción colectiva transformadora en un contexto insular periférico. La toma del poder por el Movimiento Nueva Joya¹ (MNJ) en marzo de 1979, tras el derrocamiento de Eric Gairy, conllevó una experiencia política inédita en el Caribe anglófono: la instauración del Gobierno Revolucionario del Pueblo (GRP) como un régimen orientado a la construcción del socialismo desde una perspectiva cooperativista, nacionalista y antiimperialista (Heine, 1990a).

De hecho, en las latitudes caribeñas, la revolución granadina solamente se ubicaría detrás de los procesos de Haití y Cuba; ello, en lo que respecta a la profundidad de sus cambios sociopolíticos (Heine, 1990b). El GRP, establecido entre 1979 y 1983, corporiza un ingente esfuerzo por comandar una transición al socialismo en un microestado periférico a través de la denominada vía no capitalista de desarrollo (VNC) (Heine, 1990a).

Pese a su brevedad, la revolución granadina sintetiza los dilemas fundamentales de las contiendas políticas contemporáneas. Este artículo propone analizar dicho proceso desde la perspectiva de la sociología histórica de la acción colectiva y la contienda política. Interesa aquí comprender cómo se articularon las condiciones estructurales, los liderazgos carismáticos y los repertorios de acción para dar lugar a una experiencia de transformación radical, así como las causas de su colapso.

Se parte de una metodología cualitativa basada en el análisis de fuentes secundarias, documentos históricos y estudios previos (Henry, 1990; Thorndike, 1990; McAdam, Tarrow & Tilly, 2005). El enfoque es relacional y procesual, atento a las interacciones entre actores, estructuras y coyunturas. El análisis se estructura en cuatro secciones: primero, se presenta el marco teórico; luego, se aborda el contexto sociohistórico de Granada; en tercer lugar, se analiza el proceso revolucionario en sí; y, finalmente, se plantean algunas conclusiones analíticas.

Perspectiva teórico-conceptual: sociología histórica de la contienda política

La sociología histórica que atiende a lo político, tal como ha sido desarrollada por autores como Charles Tilly (1978), Sidney Tarrow (1997), Doug McAdam (McAdam et al., 2005) y, en el ámbito latinoamericano, Mariana Gené y Gabriel Vommaro (2011), permite una comprensión dinámica y relacional de los procesos de acción colectiva. Esta perspectiva se aleja de los análisis normativos o institucionalistas clásicos y se orienta a estudiar cómo emergen y evolucionan las prácticas políticas en contextos históricos específicos, interpelando las configuraciones establecidas de poder.

Desde esta óptica, la política contenciosa se define como la acción colectiva protagonizada por actores que desafían el *statu quo* operando fuera de los canales institucionalizados o bien tensionando sus límites (Tarrow, 1997). En este marco, los movimientos sociales y las revoluciones son comprendidos como formas de acción contenciosa que surgen en momentos de apertura o crisis del sistema político, cuando las

¹ *New Jewel Movement* en inglés.

estructuras de oportunidad facilitan la movilización y los actores son capaces de articular marcos interpretativos compartidos y recursos organizativos eficaces (McAdam, McCarthy & Zald, 1999).

La revolución granadina puede ser leída desde este enfoque como un episodio singular de contienda transgresiva en el Caribe anglófono. El MNJ supo conjugar condiciones estructurales (desigualdad social, represión estatal y dependencia económica), oportunidades políticas (crisis del régimen de Gairy, deslegitimación institucional y coyuntura internacional) y repertorios de movilización innovadores (asambleas populares, milicias cívicas y redes comunitarias). Su acción puede entenderse como una reconfiguración radical del espacio político, donde lo estatal y lo popular se entrelazaron en un proyecto de transformación nacional.

La perspectiva sociohistórica exige, además, desnaturalizar las categorías con que se analiza la política, visibilizando los procesos de exclusión e inclusión que estructuran el acceso al poder. Como señalan Gené y Vommaro (2011), es preciso historizar los sentidos que adquiere lo político y atender a las disputas por su definición. En este sentido, el análisis del GRP como experiencia de «democracia revolucionaria» permite interrogar los límites de la democracia liberal en contextos poscoloniales, así como los desafíos de institucionalizar el poder popular en esquemas no electorales.

La sociohistoria² se dilucida como un anteojo analítico provechoso de lo político con el cual, precisamente, se aboga por la comprensión de lo político a la manera de «un debate de perspectivas y aproximaciones de campo» (Gené & Vommaro, 2011, p. 8) que proporcionan nodos de intelección de las sociedades contemporáneas bajo el prisma de la historia.

Así, frente a las dinámicas de conflicto social es insoslayable aprehender que «no existe ninguna democracia, por más abierta y universal que ella se quiera, que no delimite “una exclusión externa” [...] cuyas producciones, incluso las discursivas, son devaluadas» (Gené & Vommaro, 2011, p. 12) siéndoles imposible, inclusive, el acceso al estatus político de las opiniones. La radicalidad/radicalización es fruto de una coproducción interaccional entre lo interno y lo externo conllevando el interés por las luchas que, en términos de inclusión/exclusión del espacio político legalizado y, hasta cierto punto, legítimo/legitimado, desarrollan tanto los actores políticos marginados/marginales -por entrar o mantenerse fuera- como los actores políticos centrales/centralizados -por adentrar o por mantener fuera.

Si los bordes de los espacios políticos legítimos y de las prácticas políticas aceptadas son movibles, ha de tratarse a los procesos políticos como conflictivos y abiertos o, como mínimo, en tanto intentos de cierre que, aunque se consideren naturalizados, son parciales. El encuentro e imbricación multidisciplinario de la sociohistoria conduce a la posición metodológica del asombro frente a las instituciones, rutinas y objetos atravesados por la normalización. La observación honda en las prácticas advierte, de ese modo, «la creación de roles y su transformación en el tiempo, la aparición de dispositivos que habilitan y estimulan ciertos modos de hacer, el modo en que los actores se apropian de esas tecnologías de forma

² Aunque en el fragmento de Gené y Gabriel Vommaro (2011) se redacta el término como *socio-historia*, en nuestro trabajo se opta por el respeto a las normas gramaticales del castellano; aquellas que indican que los prefijos se unen sin guión a la palabra a la que acompañan (excepto si esta comienza con mayúscula).

contextual» (Gené & Vommaro, 2011, p. 15). Aunado a ello, la atención crucial e *historizante* a los conceptos, y a los sentidos que ellos movilizan, se combina con herramientas sociológicas y politológicas para, precisamente, desnaturalizar y problematizar los procesos y las instituciones de cariz sociopolítico.

La acentuación de las prácticas y los usos diversos de los repertorios y mecanismos democráticos, y de los actores que coadyuvaron su construcción o destrucción, se orienta a *desencantar* la historia en pos de una aproximación, dinámica y compleja, a las articulaciones entre lo político y lo social, entre lo macro y lo micro. Poner el foco en las estructuras políticas de representación y de legitimación de los grupos sociales es imprescindible para *desfetichizar* las instituciones y las relaciones de poder históricamente ubicadas y para restablecer los sentidos y justificaciones que los actores políticos dan a la acción colectiva

Asimismo, la aplicación de la perspectiva de Tilly (1978) permite comprender la revolución granadina como resultado de una pugna entre redes organizativas emergentes (el MNJ y sus aliados) y estructuras estatales consolidadas pero debilitadas (el gobierno de Gairy y sus aparatos de control). El cambio no surge de un colapso espontáneo del orden, sino de una acumulación de capacidades organizativas, legitimidades alternativas y rupturas dentro del sistema dominante. Esta mirada permite articular el plano teórico con el análisis de caso, situando el episodio granadino en un campo más amplio de contiendas por el poder en América Latina y el Caribe durante la Guerra Fría.

La visión de Tilly (1978) permite identificar al Estado como el escenario político por antonomasia de las *disputas*. El Estado es el perpetrador más común de la violencia: la mayor parte de las revoluciones suceden cuando los grupos excluidos, o en proceso de exclusión, se organizan políticamente como adversarios del poder estatal. Las revoluciones son consecuencia de los choques entre los Estados, la intención de defender las relaciones de poder existentes y los aspirantes que (se) organizan (en) acuerdos alternativos de poder. El estallido de los movimientos acaece, no tanto cuando colapsa el orden establecido, sino cuando hay nuevas redes, organizaciones e, incluso, nuevos Estados. Aprender los ciclos de protesta y movilización, así como las revoluciones, no solo como acciones políticas, sino también como actividades racionales, implica, desde el «modelo de comunidad política» de Tilly (1978), entender la protesta como forma política de reclamo moldeada por las interacciones entre los gobiernos, los aspirantes/desafiantes organizados y las coaliciones ensambladas durante los *enfrentamientos*, entre otros actores y mecanismos políticos.

Evitando el nacionalismo metodológico, al desplegar un análisis de movilización de recursos, con Tilly (1978) es posible argumentar que el éxito de la movilización está condicionado por la disponibilidad recursiva y la creación de movimientos sociales organizados (MSO). La relevancia semántica y contextual que los actores dan a sus acciones se entronca con el devenir cultural y con la difusión de los repertorios contenciosos (contienda/contención) que se enruta hacia un enfoque *realista relacional* donde los procesos y dispositivos de intermediación, activación de fronteras e identidades sociales, son objeto nuclear de un examen político que es, a su vez, etnográfico y narrativo. De tal modo, es factible vislumbrar la *constitución* interdependiente entre la política institucional y la política contenciosa.

Por esa línea, y como arguye Sidney Tarrow (1997), provocar, «coordinar y mantener esta interacción es la contribución específica de los movimientos sociales, que surgen cuando se dan las oportunidades políticas para la intervención de agentes sociales que normalmente carecen de ellas» (p. 17). A través de repertorios de enfrentamiento, tanto como de dilatadas trayectorias e innovaciones desde los márgenes, los movimientos conminan a la acción colectiva. Teniendo en cuenta que en su base están las redes sociales, los símbolos y los marcos culturales, mediante los cuales se estructuran las relaciones sociales, los movimientos, desencadenados por los incentivos generados por las oportunidades políticas, acuden a mecanismos causales para superar las barreras que se contraponen a la acción colectiva y para conservar la interacción con el Estado y sus antagonistas.

Y es que «el acto irreductible que subyace a todos los movimientos sociales y revoluciones es la *acción colectiva contenciosa*» (Tarrow, 1997, p. 19).³ Lo contencioso radica en la orientación que se otorga a la acción colectiva cuando es esgrimida por grupos sociales sin acceso regular a las instituciones; grupos que configuran sus demandas desde reivindicaciones nuevas o históricas –sistémicamente no aceptadas– y que representan una amenaza para la estabilidad del orden. Cuando esos actores sociales conjuntan sus acciones en derredor de aspiraciones compartidas y en secuencias interaccionales sostenidas con sus rivales, incluidas las autoridades, es que tienen lugar los movimientos sociales. La acción colectiva no solamente es la base de los movimientos sociales; sino que, asimismo, es el recurso fundamental y, en algunos casos, único, del que disponen las mayorías sociales para retar a contendientes más consolidados y mejor armados. En definitiva, la acción colectiva se vincula sociológica e históricamente con las redes sociales, los discursos ideológicos y las pugnas políticas populares permitiendo distinguir las propiedades sustanciales de los movimientos sociales: escenarios de desafíos colectivos, de concepción de objetivos comunes, de potenciación de la solidaridad y de mantenimiento de la acción (Tarrow, 1997, p. 21).

Las oportunidades esenciales para los movimientos son las transformaciones en la estructura misma de las oportunidades políticas. Por su parte, los recursos externos trascendentales son las redes sociales y los marcos culturales en los que se da la acción colectiva en medio de los conflictos por la definición de las convenciones. Los repertorios, las oportunidades, las redes y los marcos son los elementos con los que se forjan y arraigan históricamente los movimientos. A diferencia de los ciclos de movimientos, las revoluciones son, en sí mismas, luchas por el poder en las que se busca producir nuevos centros de soberanía. Los movimientos sociales y las revoluciones, como rasgo distintivo del panorama político a partir de la segunda mitad del siglo XX, empezaron a dirigirse cada vez más a las oportunidades que permite el Estado nación para la acción colectiva. El Estado no se circunscribió como objetivo de las reivindicaciones, sino que fue también espacio y escenario político de enfrentamiento y resolución de pleitos entre adversarios.

El cambio en la acción colectiva se dinamiza a corto y largo plazo, y los movimientos se activan por medio de la radicalización o del acercamiento a la convención. Cada una de estas opciones conlleva peligros para el movimiento: la radicalización limita la base social y puede provocar fraccionalismo y represión, y la aproximación convencional se expone al

³ Cursivas en el original.

condicionamiento y la cooptación. El repertorio progresa según su capacidad de innovación funcional. La habilidad adaptativa se ve favorecida por la creatividad y la astucia de la que se disponga para asumir, aprovechar y convertir los marcos semánticos y culturales políticamente beneficiosos en marcos de acción colectiva: es «el entretejido de nuevos materiales en una matriz cultural lo que produce marcos de acción colectiva en expansión» (Tarrow, 1997, p. 232). El poder de los movimientos emana de (las) oportunidades políticas: su potencial se hace exponencial cuando hay una ampliación en las oportunidades, una división en las élites y una serie de realineamientos sociales.

No obstante, y de acuerdo con Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (1999) en un trabajo analítico sobre la aparición y el andar de los movimientos sociales y las revoluciones, además de apreciar la estructura de oportunidades políticas y las constricciones que han de condicionar a los movimientos, también se ha de contar con las formas organizativas, formales e informales a disposición (estructuras de movilización), y con los procesos colectivos (enmarcadores) de «interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción» (p. 23) y que aluden a esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos sociales concretos con la intención de confeccionar visiones compartidas del mundo que legitimen y dinamicen esa acción colectiva. Las formas que adopten los movimientos y las revoluciones dependen de un amplio espectro de oportunidades y restricciones políticas derivadas del contexto nacional en el que se inscriban. Los cambios sociales que transmutan el orden político establecido en algo más permeable y receptivo deben atribuir deficiencias al sistema: «el impulso a la acción se halla ciertamente vinculado a la vulnerabilidad estructural, pero es, básicamente, un fenómeno cultural» (McAdam, McCarthy & Zald, 1999, p. 30).

El acercamiento ponderado al universo de la política contenciosa (contienda política) acusa la necesidad de justipreciar la imbricación y la interrelación consustancial de la «contienda contenida» (lo convencional) y la «contienda transgresiva» (lo no convencional). Esa correlación dinámica es la piedra angular de la generación procesual de desarrollos históricos complejos tales como las revoluciones (McAdam, Tarrow & Tilly, 2005). El análisis dinámico de la acción colectiva integra sustancialmente el estudio de los actores políticos y de sus ámbitos diversos de actuación en un escenario -también dinámico- determinado en el tiempo (episodios), donde secuencias relevantes de las contiendas (procesos) se interconectan y concatenan en elementos y variables (mecanismos causales: ambientales, cognitivos y relacionales).

Dinámicas estructurales e históricas en Granada y el Caribe insular

La isla de Granada, ubicada en el extremo sureste del mar Caribe, es la más pequeña y la más densamente poblada de las islas de Barlovento y, como tal, representa un microcosmos de las dinámicas coloniales, raciales y estructurales que marcaron a las sociedades caribeñas de posplantación. Antigua colonia británica, su población mayoritariamente afrodescendiente ha sido históricamente sometida a formas persistentes de exclusión social, dependencia económica y dominación política (Best & Levitt, 2009). La economía de monocultivo, centrada en la producción de nuez moscada, cacao y banano, sumada a su reducida escala territorial y demográfica, limitó severamente las posibilidades de autonomía económica y desarrollo soberano.

La mayoría poblacional es afrodescendiente, debido a la importación de seres humanos esclavizados que fue llevada adelante por colonizadores ingleses en los siglos XVII y XVIII en aras de abastecer de mano de obra a las haciendas azucareras que, hasta mediados del siglo XIX, representaban la principal actividad económica. Asimismo, existe una pequeña cuota de población con orígenes indios y portugueses, la cual descende de trabajadores movilizados para reemplazar la fuerza esclavizada de trabajo que se perdió luego de la emancipación profrancesa (1795).

Cumpliendo con otro rasgo regional común, el tejido social granadino fue creado completamente por los dictámenes de la colonización europea (francesa y británica) después de la eliminación de la población aborigen. Se presenta en la isla una conjunción relevante entre el *folke* y la élite. El primero aduce a las capas de piel oscura, predominantemente rurales y con un nivel relativamente bajo de educación. Por su parte, la composición sociohumana de la élite tiende a presentar la tez más clara, a habitar principalmente en la ciudad capital, St. George's, y a contar con una formación educativa más consistente.

En Granada no se evidencia una cultura *tradicional* que funja como pivote de una identidad nacional. En cambio, lo que se elucida es una sociedad antillana y *creole*⁴, marcada tanto por la impronta de la colonización, como por la herencia africana y, en menor medida, india, que pervive en las expresiones populares. Aquí se debe destacar que, aunque la colonización británica fue histórica y socialmente mucho más extensa –ello se patentiza en la pertenencia de la isla a la Mancomunidad de Naciones–, el influjo francés es bastante fuerte. Esto se condensa en el uso del *patois*⁵ como, otrora, la lengua preponderante del campesinado, y en la profesión predominante del catolicismo (dos terceras partes de la población profesan esta religión).

Granada fue una de las primeras islas en abandonar el cultivo de caña de azúcar como actividad económica principal. Ya en 1870 el azúcar dio paso a la cocoa, la nuez moscada y los plátanos. Esto le ha permitido una economía algo más diversificada que la del promedio insular caribeño. Su orografía altamente montañosa, que ha sido un obstáculo para la mecanización de la actividad agrícola, junto con la relativa buena calidad del suelo y el sistema de medieros (*metayage*) perfilaron un sistema particular de tenencia de la tierra. Un número pequeño de hacendados controlaban una cantidad considerable de terreno y convivían con un gran número de minifundistas en propiedades con una importante fragmentación. Resultado de lo anterior es la formación de un *agroproletariado*: un grupo social que, aún teniendo propiedad sobre la tierra, precisaba de trabajar por un salario (Henry, 1990).

⁴ Los términos franceses *créolité* y *créole* se hallan traducidos al castellano de diversas maneras. Sin embargo, aquí se opta por el uso de *creolidad* y de *creole* para evitar las confusiones que podrían generar las connotaciones ambiguas que comportan lo *criollo* y la *criollidad* en las interpretaciones históricas y lingüísticas de raigambre hispanohablante.

⁵ *Patois* es una palabra que proviene del francés antiguo y que, esencialmente, quiere decir «hablar con las manos». Se empleaba de forma despectiva para referirse a lenguas usadas en pequeñas poblaciones, algunas muy parecidas al francés parisino, pero que constituían dialectos propios de grupos humanos reducidos. Posteriormente, el término pasó a denotar a las lenguas *pidgins* (mixtas) originadas por la colonización y que evolucionaron hasta convertirse en lenguas creoles.

Ya a mediados del siglo XX, las excentricidades de Gairy y su grupo pandillero de seguridad⁶, junto con la represión que se desencadenó a raíz de la creciente movilización en contra de su (des)gobierno y los señalamientos de «dictadura» por parte del GRP, conformaron el grupo de factores que contribuyeron a generalizar la percepción de la llamada «era Gairy» (1951-1979) como un periodo similar al de los regímenes autoritarios de Anastasio Somoza, Fulgencio Batista o François Duvalier. Empero, hubo marcadas diferencias en el gobierno de Gairy respecto de dichos regímenes.

Gairy operó importantes cambios políticos en Granada. Si bien puede constatarse la comisión de abusos por parte del estamento granadino bajo su égida, no es menos cierto que las instituciones básicas del sistema de Westminster permanecieron relativamente estables bajo su mandato, incluso con ejercicios electorales formalmente libres realizados de manera ininterrumpida. Más que como un dictador prototípicamente caribeño, del porte de Rafael Leónidas Trujillo, la figura de Gairy puede entenderse como la de un político temerario que estiró, férreamente y hasta sus límites, el sistema parlamentario mancomunitario.

En su juventud, Gairy destacó notablemente como líder sindical logrando en 1951, y por primera vez en la historia granadina, el encauzamiento de las energías emergidas de la sed de justicia del campesinado para obtener la expansión del sistema político y, seguidamente, el establecimiento del sufragio universal. La Unión de Trabajadores Manuales y Metalúrgicos (MMWU) y el Partido Laborista Unido (GULP), ambos fundados por Gairy, fueron los actores políticos clave para desafiar al poder metropolitano establecido y, así, obtener un cierto grado de respeto para la ciudadanía promedio, lo que le prodigó una aprobación y una simpatía general hasta finales de los años sesenta, principalmente por parte de las poblaciones rurales. A todo ello ha de agregarse el rol decisivo que desempeñó Gairy en la oposición a la política colonial y en el desarrollo constitucional de Granada donde se transitó de Estado Asociado (1967) a una nación independiente (1974), destacando como la primera de todas las islas de las Antillas Menores en llegar a una «plena» soberanía.

Desde el punto de vista político, Granada se movió entonces desde el parlamentarismo colonial hacia una independencia formal bajo el liderazgo de la figura ambigua de Gairy, que combinó prácticas populistas, autoritarismo y represión de la disidencia. El contexto político previo a la revolución estuvo signado por un creciente descontento popular, una crisis de legitimidad institucional y la emergencia de actores sociales juveniles y profesionalizados, muchos de ellos formados en el exterior y con influencias de los movimientos afrocaribeños, anticoloniales y marxistas (Gómez Talavera & Pedrosa, 2014).

Este panorama encuentra paralelos significativos en otras experiencias caribeñas. En Jamaica, el socialismo democrático impulsado por Michael Manley entre 1972 y 1980 intentó construir una vía nacional-popular al desarrollo enfrentando el bloqueo económico y la desestabilización por parte de los Estados Unidos (Thomas, 2011). De forma similar, la Revolución cubana (1959) y la tentativa de Guyana bajo Forbes Burnham (1970) revelan el impacto del internacionalismo socialista y la polarización de la Guerra Fría en la región. No

⁶ La *Mongoose Gang* fue un ejército privado que operó desde 1967 hasta 1979 bajo el control de Gairy. Oficialmente, los miembros de la Pandilla de la Mangosta se llamaban Policía de Reserva Especial (SRP) o «Agentes Voluntarios».

obstante, Granada se diferenci6 por el intento expl6cito de construir una «democracia de base» apoyada en asambleas populares y participaci6n comunitaria, lo cual la hace especialmente relevante desde una perspectiva comparada.

El Caribe angl6fono fue escenario de m6ltiples contradicciones entre la herencia institucional brit6nica, las aspiraciones soberanas poscoloniales y la injerencia geopol6tica estadounidense. Esta triada estructur6 los m6rgenes de posibilidad de las transiciones al socialismo, como se observa en el caso granadino. As6, la compresi6n del contexto regional es indispensable para ubicar el proceso revolucionario como una tentativa de redefinir los t6rminos de la dependencia mediante una combinaci6n de movilizaci6n popular y alianzas internacionales alternativas.

Una vez conseguido el importante resultado de la independencia en 1974, Gairy demostr6, gradualmente, estar menos dispuesto a compartir los poderes gubernamentales, aceptar la disidencia y respetar los derechos de la oposici6n. El otrora adalid de las causas del agroproletariado, reprimi6 fuertemente las manifestaciones de la burgues6a urbana que se hallaba compuesta, fundamentalmente, por una nueva generaci6n de j6venes para la cual los logros pasados del primer ministro no pod6an ser una carta blanca para la arbitrariedad (Whitehead, 1990).

Una cantidad ingente de profesionales granadinos/as que se hab6a formado en el exterior se radicaliz6 y organiz6 gracias a su contacto directo con la condici6n de las comunidades caribe6as en el Reino Unido y en los Estados Unidos, as6 como a la influencia ejercida por el Movimiento de Poder Negro y la revoluci6n de febrero de 1970 en Trinidad. Sin embargo, Maurice Bishop, Kendrick Radix y otros l6deres de grupos como el Movimiento para las Asambleas del Pueblo (MAP)⁷ y el Esfuerzo Conjunto por el Bienestar, la Educaci6n y la Liberaci6n (JEWEL)⁸, abandonaron r6pidamente la aparente ineficacia ideol6gica del Poder Negro en Granada para abrazar los principios democr6ticos de base inspirados en el socialismo, el cooperativismo econ6mico y el desarrollo social del Ujamaa de Julius Nyerere en Tanzania (Thorndike, 1990).

Despu6s de la participaci6n en un ciclo de movilizaciones y protestas iniciado en 1970, dichos l6deres fundaron el MNJ el 11 de marzo de 1973, esencialmente como una combinaci6n del JEWEL y el MAP. Pronto el MNJ se conform6 como el contendiente ac6rrimo del r6gimen de Gairy. Su manifiesto demuestra claramente un enfoque pragm6tico en cuanto liderazgo y un conocimiento pr6stino de las problem6ticas acuciantes del pueblo granadino: altas tasas de inflaci6n y desempleo, acceso limitado a la educaci6n por parte de las clases populares, un sistema de salud inoperante y un d6ficit en el transporte p6blico (P6rez Reisler, 2019). En su ideario de origen, el MNJ plante6 un programa detallado de reconstrucci6n sociopol6tica que, en cierta medida, anticip6 muchas de las acciones del GRP. Las propuestas centrales del manifiesto radicaron en la nacionalizaci6n de la industria tur6stica, bancaria y de seguros. Aunque hab6a gui6nos de redacci6n al Manifiesto Comunista⁹, bajo ning6n aspecto se puede considerar al manifiesto como una declaraci6n socialista; m6s

⁷ *Movement for the Assemblies of People.*

⁸ *Joint Endeavor for Welfare, Education and Liberation.*

⁹ En una de sus frases el manifiesto del MNJ reza lo siguiente: «Pueblo de Granada, no ten6is nada que perder salvo vuestra explotaci6n». Ver Heine, 1990b.

bien era un llamado al desarrollo de Granada desde una enfática priorización de los asuntos nacionales y en la eficiencia del uso y la movilización de los recursos humanos, materiales e inmateriales de la isla.

El MNJ propugnó un rechazo total al parlamentarismo del modelo de Westminster proponiendo una compleja estructura de asambleas populares (diversas asambleas aldeanas y distritales y una asamblea nacional) y un sistema de gobierno sustentado en el liderato colectivo elegido por la pretendida Asamblea Nacional, en el cual se descartaba la existencia del cargo de primer ministro. Si bien había, implícitamente, una fuerte crítica al mal funcionamiento de la economía, así como a su inserción dependiente en la economía mundial, no se presentaba una denuncia directa al capitalismo ni una identificación de las causas adyacentes del subdesarrollo insular, allende la incompetencia de los políticos tradicionales que habían regentado el país (Henry, 1990).

El manifiesto fue un convite a la acción colectiva que, desde la solidaridad, conminaba a los/as granadinos/as a agenciarse el destino y la construcción de la identidad nacional como objetivos comunes de la lucha política. En comparación con otros grupos contendientes antillanos, el MNJ no se mantuvo largamente en la oposición; sino que, aprovechando las oportunidades políticas coyunturales, arribó al poder tan solo seis años después de su fundación. Tal resultado fue fruto de los profundos cambios en los marcos socioculturales dados entre los años cincuenta y setenta, y de las tácticas y estrategias con las que el MNJ aplicó ciertos mecanismos causales. Una de las transformaciones más importantes en esos marcos fue la expansión de la pequeña burguesía. Con el crecimiento del sistema educativo y el fortalecimiento del turismo se llegó a que los tradicionalmente exigüos sectores medios de la sociedad granadina, insertos entre el *folk* y la élite, comenzaran a germinar como una fuerza política en ascenso, principalmente en St. George's y su zona metropolitana. Justamente Gairy, al ampliar significativamente el número de funcionarios públicos luego del establecimiento del Estado Asociado, nutrió también la expansión de esa clase.

El acicate que en 1970 activó el proceso revolucionario, basado en un largo resentimiento por los desmanes de Gairy, fue, curiosamente, una huelga de enfermeras. Es igualmente llamativo que, a mediados de los setenta, las únicas organizaciones que simpatizaban activamente con el MNJ en el Comité de los Veintidós (principal frente de oposición) eran dos sindicatos de profesores/as. Asimismo, es dicente que el sindicato más fuerte organizado por el MNJ fuese el de los/as trabajadores/as bancarios/as. El apoyo al MNJ provenía mayoritariamente de los sectores urbanos más jóvenes y con mayor educación, y no tanto de la población rural adulta y de bajo nivel educativo que fue la base de respaldo de Gairy a principios de la década de los cincuenta (Pérez Reisler, 2019).

El nacionalismo, hasta los años setenta, había sido muy tenue y frágil. Siendo una diminuta isla con un gran flujo de emigración, en Granada el pueblo se sentía impulsado hacia una miríada de orientaciones. A lo largo de su historia había pertenecido al Imperio británico, a la Federación de las Islas Occidentales y hasta se encontró cerca de anexarse a Trinidad en 1962. Sin embargo, el movimiento del Poder Negro, la independencia de otras naciones caribeñas y la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos impactaron fuertemente en la sociedad granadina, lo que fue exaltando la búsqueda de una identidad

nacional. Gairy fue incapaz de sacar provecho de ese sentimiento siendo abiertamente relictante a someter el proceso de independencia a la voluntad popular y omitiendo el plebiscito que se efectuaría con relación a ello. Fue precisamente el MNJ el que usufructuó de la traza protonacionalista movilizano recursos para acciones reivindicativas de base, especialmente en lo tocante a la satisfacción de las necesidades materiales.

El MNJ organizacionalmente fue convirtiéndose en un partido de vanguardia y, desde la perspectiva programática y operativa, se conformó como un movimiento flexible de fisonomía no solo nacionalista, sino también antidictatorial, capaz de recabar apoyo en todos los sectores de la comunidad granadina, especialmente, y como se ha acotado, en la juventud y en la pequeña burguesía (Pérez Reisler, 2019). La flexibilidad de la dinámica de aprovechamiento de un repertorio diverso de confrontación en el espacio político fue clave en el resultado exitoso del movimiento; evidencia de ello fue el aumento de las respuestas represivas por parte de un régimen que se iba sintiendo cada vez más sitiado.

El MNJ denotó una alta eficacia en suscribir, representar, agitar y consensuar las demandas de la opinión pública. Aunque en principio apoyó la independencia, fue certero en sus críticas al modo en que Gairy gestionó dicho proceso. De hecho, la celebración de ese hito se vio salpicada por ciclos de huelgas y manifestaciones en toda la isla en contra de lo que un gran sector de la población entendía como una mera estratagema megalómana y personalista del primer ministro. Sin embargo, no fue en las calles ni en la legislatura donde caería el gobierno de Gairy. Sería en los cuarteles del valle de True Blue donde en el amanecer del 13 de marzo de 1979, el brazo armado del MNJ redujo sorpresivamente al ejército, mientras el jefe de gobierno asistía a una reunión de la ONU en Nueva York (González Urdaneta, 1982).

El levantamiento fue el culmen del trabajo político desplegado por el MNJ durante un sexenio, aquel en el que consiguió generar un considerable apoyo popular en contraste con la laxa y legalista oposición del Partido Nacional de Granada (PNG). La apertura a la contienda transgresiva, que no se vio constreñida por los sesgos ideológicos de la contienda contenida, fue la que quiso continuar el MNJ cuando constituyó el GRP. Fue en el sistema educativo donde esa apuesta se apreció con mayor claridad. Amén del establecimiento de la gratuidad de la educación secundaria y de la ampliación de facilidades para los estudios universitarios, el nuevo enfoque de la política lingüística privilegió el creole como idioma propedéutico reconocido, tanto en las labores de alfabetización como en la formación profesoral (Henry, 1990).

Sin embargo, esa flexibilidad transgresiva del GRP brilló por su ausencia en la relación con un importante actor político: las iglesias cristiano-católicas. Antes bien, fue el dogmatismo ocasional de una postura científica del socialismo el que ocasionó fricciones y conflictos evitables entre el naciente gobierno y una sociedad profundamente religiosa.

De igual modo, la instauración de un nuevo régimen basado en una legitimidad revolucionaria *no electoral* fue un hecho, cuando menos, controversial. Dirigido por Bishop como primer ministro, y secundado por Bernard Coard como ministro de Finanzas -y luego como vice primer ministro-, el gabinete del GRP estuvo configurado predominantemente por miembros del MNJ. Se erigió una nueva Corte Suprema y se legisló mediante las Leyes Populares, que no eran más que decretos aprobados por el gabinete.

El Ejército de Granada fue reemplazado por el Ejército Revolucionario Popular (ERP) bajo la comandancia de Hudson Austin y con asesoría de colaboradores de Coard. Además, se estatuyó una milicia popular de fuerzas civiles de apoyo al ERP. En cuanto a los marcos democráticos de «base» del manifiesto de 1973, como se ha dicho, llegaron a establecerse consejos y asambleas a nivel de aldea y distrito, aparte de la asamblea nacional. El objetivo primordial era que el pueblo tuviese las oportunidades para discutir sus necesidades y aspiraciones desde un plano comunitario que fuese transmisible a las altas dependencias gubernamentales. En la práctica, como proyecto político innovador, la implementación de la dinámica asamblearia adoleció de dificultades; pero, más allá de ello, la experiencia granadina con esa apuesta popular es uno de los tanteos más distinguidos en cuanto a lo que remite a la democracia de base en el Caribe (Thorndike, 1990).

El GRP creó un conjunto de organizaciones de masas para reestructurar la movilización. Dentro de ellas se destacaron la Organización Nacional de Mujeres (ONM) y la Organización Nacional de la Juventud (ONJ). El sindicalismo también recibió un sólido respaldo: una colosal cantidad de leyes lo favorecieron en términos de afiliación de trabajadores/as. El GRP viró su curso alejándose del sistema parlamentario de Westminster e inclinándose por lo que Bishop entendía por «democracia revolucionaria»: se prescindía de elecciones, ya que estas se consideraban un reduccionismo de las libertades democráticas y un oscurecimiento de la complejidad del proceso social (Heine, 1990b). Al dinamizar extensamente la movilización popular involucrándola activamente en el proceso de reconstrucción nacional, el GRP buscó asentar las bases para la solidificación identitaria ausente hasta ese momento.

Desde los prismáticos de la economía política, el desempeño del GRP fue aprobado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), a diferencia de la opinión que esos organismos internacionales tenían de otras transiciones socialistas como las de Jamaica (1980) o Chile (1973). Para el GRP las tres columnas económicas eran la agricultura, la pesca y el turismo. Desde ese diagnóstico emprendió un ambicioso programa de reestructuración que cambiase la distribución de poder y recursos para que la economía nacional pasase a ser la fuente principal del crecimiento. Durante un periodo particularmente inestable de la economía mundial, a principios de los ochenta, la economía de la pequeña isla, abierta y endeble, se desenvolvió relativamente bien, incluso mientras intentaba poner en marcha su afanoso programa reconstructivo (Joefield-Napier, 1990); en ese sentido, la colaboración exterior fue más que relevante para el alcance de las metas programáticas (Gómez Talavera & Pedrosa, 2014).

Al no caer en una tentación *populista* de gasto acelerado, el GRP revalidó la posibilidad de conciliar una conducción económica efectiva con un compromiso con el socialismo de la VNC. La participación popular en la discusión presupuestal de la nación llevó a que el GRP vinculara las crecientes expectativas de la ciudadanía en su propia capacidad de mejorar el nivel de vida, siempre teniendo en cuenta las limitaciones regulatorias propias de un pequeño Estado y de una sociedad periférica.

En la arena de las relaciones internacionales, el GRP introdujo modificaciones mucho más incisivas. Al mes de haber asumido el poder, ya se habían forjado intercambios diplomáticos con Cuba (Suárez Salazar & García Lorenzo, 2008). Luego hubo un rápido

desplazamiento hacia una alineación más cercana a la Unión Soviética y a una solidaridad *tercermundista* militante y antiimperialista que proveyó un financiamiento internacional por parte de países como Corea del Norte, Libia e Irak. Esto acrecentó la animadversión de los Estados Unidos hacia el GRP; tanto así que las relaciones con el país norteamericano se irían deteriorando profusamente hasta llegar a la fatídica invasión de 1983 (Domínguez Ávila, junio de 2008). La aparente inconsistencia entre una política interna práctica y adaptativa a la realidad del mercado, y una política exterior especialmente audaz frente al neoimperialismo, es considerado por algunos autores como una incógnita del decurso del GRP (Heine, 1990a).

El liderazgo del MNJ y, por extensión, del GRP estuvo más preocupado por satisfacer a sus benefactores internacionales, inclusive si eso significaba renunciar a su independencia real ante el objetivo de integrarse con mayor seguridad en el bloque socialista, lo que dejó entrever que para el GRP la revolución no podía mantenerse por sí misma.

El proceso revolucionario: liderazgos, organización popular y tensiones internas

Como se ha ido delineando, el ascenso al poder del MNJ fue el corolario de casi una década de movilización política, construcción de redes sociales y elaboración de un proyecto de transformación nacional. A diferencia de otros movimientos anticoloniales del Caribe, el MNJ no sólo denunció la represión del régimen de Gairy, sino que propuso un modelo alternativo de organización estatal basado en la democracia de base, la planificación económica y la soberanía nacional (Thorndike, 1990).

La llegada de Bishop a la cúpula gubernamental debe ser comprendida no solo como el desenlace de una crisis sociopolítica interna, sino como parte de una reconfiguración regional del Caribe en el contexto de la Guerra Fría. En un momento en que las potencias del Atlántico norte reforzaban su presencia en el hemisferio occidental, la ascensión de un gobierno socialista en una pequeña isla caribeña con estrechos vínculos con Cuba, Nicaragua y la URSS representó una amenaza simbólica y geopolítica significativa para los intereses de los Estados Unidos (Whitehead, 1990).

Bishop encarnó una personificación del liderazgo carismático con fuerte anclaje popular y una ambiciosa proyección internacional. A través del MNJ, su gobierno buscó articular una experiencia de socialismo democrático orientada al desarrollo autónomo, la redistribución equitativa de recursos y la participación ciudadana directa (Heine, 1990a). Esta experiencia, sin embargo, se desenvolvía en un entorno regional crecientemente hostil. La llegada de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos en 1981 significó un viraje drástico en la política exterior de ese país, intensificando la estrategia de contención y desestabilización frente a cualquier proyecto afín al campo socialista (Domínguez Ávila, 2008; Girvan, 2011).

En esa coyuntura, Granada se convirtió en blanco de una sostenida campaña de aislamiento diplomático, sabotaje económico y guerra psicológica impulsada por agencias estadounidenses, con apoyo de algunos gobiernos caribeños anglófonos temerosos del «efecto contagio» revolucionario (Thomas, 2011). La alianza granadina con Cuba, manifestada en múltiples misiones de cooperación técnica, médica y educativa, y su cercanía con Nicaragua y movimientos anticoloniales africanos, como los de Angola y Mozambique,

profundizaron la antipatía de Washington. Como advierte Domínguez Ávila (2008), la lógica de bloques ideológicos trasladada al Caribe convirtió a Granada en un símbolo incómodo de insubordinación geopolítica.

En el plano interno, es de resaltar cómo el GRP avanzó en la creación de formas de poder popular mediante comités de base, organizaciones de mujeres, juventudes y milicias populares (Henry, 1990). No obstante, las crecientes tensiones entre los sectores moderados encabezados por Bishop y una línea más rígida liderada por Bernard Coard, reflejaron diferencias profundas sobre la conducción del proceso (Thorndike, 1990). Mientras Bishop defendía una transición socialista con legitimidad popular y proyección internacional plural, Coard impulsaba una vía más centralizada y autoritaria, con énfasis en el partido único y la planificación cerrada (Heine, 1990a).

La combinación de presiones externas con la acentuación del fraccionalismo interno debilitó progresivamente al GRP. El asesinato de Bishop en octubre de 1983 tras su detención por sectores del propio gobierno afines a Coard, desató una crisis terminal. Estados Unidos aprovechó la fractura para lanzar una invasión militar con el pretexto de restaurar la democracia y proteger a los/as ciudadanos/as estadounidenses que residían o vacacionaban en la isla, poniendo fin a la experiencia revolucionaria (Whitehead, 1990). Este desenlace no solo expresó la fragilidad estructural de los proyectos socialistas en el Caribe, sino también el alcance de la doctrina Reagan en el reordenamiento hemisférico conservador de los años ochenta.

Conclusiones: aprendizajes para la acción colectiva y la democracia radical

Hasta en su momento crítico más álgido, el GRP intentó desarrollar extensos mecanismos causales de democracia de base. Incluso, antes de la traición y «ajusticiamiento» de Bishop y su círculo cercano, el GRP no había ejecutado a ninguno de sus opositores, judicial o extrajudicialmente, ya fuesen convictos o no. Las principales características del proceso político revolucionario en el gobierno atendieron a una fase de desarrollo democrático-nacional: la relación no antagónica con el sector privado; la renuencia a una política de expropiación de tierras; la posición prosoviética en su política exterior; la prioridad del mejoramiento infraestructural, etcétera.

Es cierto que, en sus primeros años, las acciones del GRP redundaron en una disminución de la influencia de las élites y en un fortalecimiento multiambiental de los estratos afrocaribeños por medio de un creciente sustento institucional, de dictámenes oficiales positivos y de mayor grado de compromiso en la reproducción social cotidiana impulsada por las tendencias nacionalistas hacia una sistema cultural creolizado. Empero, los bajos índices de alfabetismo provocaron que, con el pasar del tiempo, la movilización revolucionaria fuera haciéndose insuficiente: esta fue perdiendo terreno ante disposiciones pre y contrarrevolucionarias de tramos capitalistas que se oponían a la nueva cultura política (Henry, 1990).

Para paliar el inminente rechazo, el GRP apeló a la movilización de sus recursos aumentando los niveles de violencia simbólica en los mecanismos respectivos a los subsectores ideológico y de comunicación de masas. Ese incremento pudo haber sido menos cruento si el régimen revolucionario hubiese perfilado una real renovación en su contención transgresiva. El trágico fin de la andadura del GRP dejó en claro una contradicción entre el

poder estatal y el poder popular que no fue susceptible de traducción en los marcos culturales. Aunque hubo una gran destreza para extraer aprendizajes directos de otras experiencias -incluso fallidas- de transición al socialismo (Jamaica, Guyana, Chile), la ausencia en Granada de una clase obrera como tal, y de un campesinado mensurable, sobrevino en que el potencial revolucionario recayera en la pequeña burguesía y en la *intelligentsia*. De todas formas, el MNJ encontró, hábilmente, una utilidad teórica en los rumbos bosquejados por la VNC.

La denominada crisis terminal de la revolución se abrió con la conducta compulsiva de Coard, mucho más ortodoxa en términos marxistas-leninistas, y en la respuesta insuficiente o inadecuada de Bishop a esa actitud. Los indicadores apuntaban a una pronta consolidación gubernamental de la revolución como efecto de la interacción mantenida en el proceso revolucionario. Más que una mala aplicación de la VNC, lo que se dio fue una crasa falencia de conducción política de la contienda contenida una vez el MNJ accedió al poder. No deja de ser irónico que Coard, señalado peyorativamente como un ultraleninista, haya sido el que, en contravía al pragmatismo de Bishop, defendiese con mayor lucidez la necesidad de promover y reconciliar una significativa participación popular con la dirección partidaria; ello, para contrarrestar la pérdida de vigor del proyecto original del manifiesto. Evidencia de esto es la conformación, en julio de 1983, de un entramado institucional, mediante una comisión constitucional, para que se efectuasen elecciones después de un proceso de consulta constituyente.

El excesivo secretismo del régimen -en cuanto a las disyuntivas internas y a la reorientación de los objetivos comunes- relegó la fuente del apoyo popular a la percepción de beneficios materiales y a la atracción carismática de Bishop. Cuando la economía empezó a decaer en 1983, los gastos sociales fueron recortados y los intentos por incentivar la acción colectiva ciudadana resultaron cada vez más estériles. Las redes sociales se vieron trastocadas en los marcos socioculturales, ya que los/as granadinos/as aumentaron su desconfianza respecto a cierto autoritarismo y desprecio de los valores autóctonos y tradicionales por parte de las capas del gobierno con las cuales tenían trato directo (Thorndike, 1990). No sorprende, entonces, la explosión de la población ante la detención de Bishop a manos del ERP. De hecho, el rescate del aclamado y magnético líder puede contemplarse como la movilización más auténtica de la acción colectiva del poder popular, más allá de su lamentable final. La falta de tino de Coard, y de los militares a la cabeza del gobierno temporal, fue el caldo de cultivo para la aprobación civil inicial a la intervención estadounidense.

Puede sugerirse que el momento elegido por la facción de Coard para hacerse con el poder, se debe justamente a la intención de rehuir la institucionalización y el apuntalamiento del gobierno de Bishop. El error fundamental de Coard y sus aliados fue no entender que «ninguna transición exitosa al socialismo ha sido dirigida por un comité» (Heine, 1990a, p.280). Limitar los poderes del liderazgo carismático trae como contraindicación pérdidas en la capacidad movilizadora y organizativa de la acción colectiva popular. El poder político quiso ser dispersado por Coard antes de que ese poder hubiese sido efectivamente creado y concentrado.

Por su parte, Bishop flaqueó en el cuidado de sus recursos políticos personales (las bases), en la protección de la gente de su confianza y en la detección temprana de los ardides

de la oposición, dentro y fuera del partido. Su capacidad de adquirir y procesar información sobre la situación sociopolítica y económica fue muy dependiente de las altas esferas del MNJ. La indefectible pericia de un líder para diagnosticar peligros potenciales, y actuar en consecuencia, se vio severamente comprometida. Ejemplo de ello es la sumisión con la que Bishop aceptó el panorama alarmista acerca de la desintegración «perentoria» de la revolución a mediados de 1983, y con la que claudicó ante la posterior asunción de la fórmula de liderato dual que inyectó reciedumbre a las ansias de poder de Coard. El recurso principal de Bishop -su gigantesca popularidad- se mantuvo intacto, pero su robustez factual al interior del movimiento fue irrevocablemente erosionada.

Tras haber aplazado periódicamente sus promesas de apertura electoral, el GRP estuvo dispuesto a renunciar a buena parte de su soberanía en pro de una apreciación reduccionista y utilitaria del socialismo. Es veraz que una intoxicación revolucionaria por embriaguez teórica (Coard) o por exceso de confianza carismática (Bishop) aquejó a la dinámica contenciosa. Una opción factible habría sido, sin exculpar la actitud criminal de Coard y su séquito, como sostiene Laurence Whitehead (1990), una revisión juiciosa de los supuestos y las prioridades estratégicas por parte de Bishop, algo que jamás llegó a cavilar. Aún cuando Granada hubiese contado con un liderazgo más preclaro y ceñido a los principios del MNJ, habría seguido siendo una empresa titánica el querer equilibrar, constructivamente, «las exigencias de la soberanía nacional, la participación democrática y el avance hacia el socialismo» (p. 362).

Más allá de los desfases y carencias, la revolución granadina constituye un episodio paradigmático de transformación sociopolítica en el Caribe, cuyo análisis desde la sociología histórica de la contienda permite desentrañar los principales desafíos que enfrentan los procesos de cambio estructural en contextos periféricos y poscoloniales. A pesar de su corta duración, el GRP logró estructurar una alternativa real al modelo liberal representativo, basada en la participación directa, la planificación democrática y la articulación con redes internacionales contrahegemónicas.

Uno de los principales aportes del caso granadino a los estudios contemporáneos de acción colectiva reside en su capacidad para movilizar recursos sociales y simbólicos a partir de una plataforma de justicia social con fuerte arraigo comunitario. El énfasis en la educación política, el rol activo de las mujeres y la juventud, y la configuración de una institucionalidad participativa permiten considerar al GRP como un experimento radical de ampliación del campo democrático (Hintzen & Rahier, 2020).

No obstante, también deja lecciones sobre los riesgos inherentes a los liderazgos carismáticos no institucionalizados, la fragilidad de los consensos ideológicos internos y la importancia de la legitimidad plural en proyectos que aspiran a sustituir regímenes democráticos formales. La tensión irresuelta entre pragmatismo político y ortodoxia revolucionaria se convirtió en un factor de implosión. La figura de Bishop, aunque vital en la etapa ascendente del proceso, no logró consolidar una arquitectura de poder suficientemente sólida ni prever el alcance destructivo del fraccionalismo interno (Meeks, 2000).

Asimismo, el caso granadino evidencia los límites estructurales impuestos por el orden internacional. La vulnerabilidad militar, económica y diplomática de un microestado

periférico quedó expuesta ante una correlación de fuerzas regional e internacional desfavorable. En este sentido, la experiencia del GRP reafirma la necesidad de estrategias multilaterales y articulaciones interregionales para sostener procesos emancipatorios frente a la injerencia externa (Girvan, 2011).

En suma, la revolución granadina representa una experiencia singular que desafía las tipologías convencionales de las transiciones políticas en América Latina y el Caribe, y cuya reconstrucción analítica aporta elementos fundamentales para el estudio comparado de las formas de acción colectiva y los ensayos de democracia radical en el Sur Global. Su estudio invita a repensar las posibilidades de una democracia radical sureña, no como una utopía abstracta, sino como una práctica situada, plural y en tensión permanente con los dispositivos de dominación vigentes. Recuperar esta memoria política no solo constituye un ejercicio historiográfico y sociológico, sino una herramienta crítica para los movimientos sociales del presente regional.

Referencias bibliográficas

- Best, L., & Levitt, K. (2009). *Essays on the Theory of Plantation Economy: A Historical and Institutional Approach to Caribbean Economic Development*. University of the West Indies Press.
- Domínguez Ávila, C. F. (junio de 2008). Bipolaridad, autodeterminación, y oposición al intervencionismo: Granada frente a la segunda guerra fría (1979-1983). *Projeto História*, (36), 85-101.
- Gené, M., & Vommaro, G. (2011). Presentación. Por una sociología de lo político. En Offerlé, M. (comp.) *Perímetros de lo político: contribuciones a una socio-historia de la política* (p. 7-23). Antropofagia.
- Girvan, N. (2011). Sovereignty, economic transformation and globalisation in the Caribbean. *Social and Economic Studies*, 60(3/4), 31-63.
- Gómez Talavera, P., & Pedrosa, F. (2014). La izquierda transnacional y la revolución en Granada (1979-1983). *Anuario Digital*(26), 227-254.
- González Urdaneta, A. (enero-febrero de 1982). La revolución de Granada. *Nueva Sociedad*, 81-92.
- Heine, J. (1990a). El héroe y el burócrata: carisma, conducción política y crisis en Granada. En Heine, J. (comp.) *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (p. 243-284). Grupo Editor Latinoamericano.
- Heine, J. (1990b). Introducción: una revolución abortada. En Heine, J. (comp.) *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (p. 9-34). Grupo Editor Latinoamericano.
- Henry, P. (1990). Socialismo y transformación cultural en Granada. En Heine, J. (comp.) *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (p. 63-96). Grupo Editor Latinoamericano.
- Hintzen, P. C., & Rahier, J. M. (2020). *Problematising Blackness: Self-Ethnographies by Black Immigrants to the United States*. Routledge.
- Joefield-Napier, W. (1990). Crecimiento macroeconómico bajo el GRP: una evaluación. En Heine, J. (comp.) *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (p. 97-136). Grupo Editor Latinoamericano.
- McAdam, D., McCarthy, J. D., & Zald, M. N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Istmo.
- McAdam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Hacer.
- Meeks, B. (2000). *Narratives of Resistance: Jamaica, Trinidad, the Caribbean*. University of the West Indies Press.

- Pérez Reisler, J. R. (2019). *Granada: la revolución inconclusa*. [Tesis de doctorado]. Universidad Complutense, Madrid.
- Suárez Salazar, L. A., & García Lorenzo, T. (2008). Lección siete: revolución y contrarrevolución en Nuestra América: implicaciones para las relaciones interamericanas. En Suárez Salazar, L. A. & García Lorenzo, T. (comp.) *Las relaciones interamericanas: continuidades y cambios* (págs. 107-125). CLACSO.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Thomas, C. Y. (2011). *The Poor and the Powerless: Economic Policy and Change in the Caribbean*. Monthly Review Press.
- Thorndike, T. (1990). Teoría y práctica del poder popular. En Heine, J. (comp.) *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (págs. 37-62). Grupo Editor Latinoamericano.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Random House.
- Whitehead, L. (1990). Soberanía, democracia y socialismo: reflexiones sobre la experiencia de Granada. En Heine, J. (comp.) *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (págs. 345-362). Grupo Editor Latinoamericano.

Subtítulos de primer grado [Garamond, negrita, cuerpo 12. Margen izq. 4 cm. Interlineado sencillo. Espacio antes y después del párrafo: 0 mm]

Texto general [garamond 12, justificado. primera palabra del párrafo a 4 cm; el resto del párrafo, a 3cm; Interlineado 1,15. Espacio antes del párrafo: 0 mm; después del párrafo: 6mm. Sin golpe de enter entre los párrafos]

[citas con más de 40 palabras: en tamaño 11, en párrafo aparte, sin comillas, justificado, con márgenes izquierdo y derecho de 4 cm. Espacio antes y después del párrafo: 0 mm. Sin puntos suspensivos iniciales ni finales. Un golpe de Enter al final del párrafo]

Subtítulos de segundo grado [Garamond 12, itálicas, sin negrita. Margen izq. 4 cm. Interlineado sencillo. Sin espacio después del párrafo]

Texto general [garamond 12, justificado. primera palabra del párrafo a 4 cm; el resto del párrafo, a 3cm; Interlineado 1,15. Espacio antes del párrafo: 0 mm; después del párrafo: 6mm. Sin golpe de enter entre los párrafos]¹⁰

Referencias bibliográficas [Garamond, negrita, cuerpo 12. Margen izq. 4 cm. Interlineado sencillo. Espacio antes y después del párrafo: 0 mm.]¹¹

Barajas, K. B., y Carreño, N. P. (2019). Desafíos de la etnografía digital en el trabajo de campo onlife. *Virtualis*, 10(18), 134-151.

Bringel, B., & Pleyers, G. (2017). *Protesta e indignación global: Los movimientos sociales en el nuevo orden mundial*. CLACSO.

Fuentes

Entrevista a XXX. Realizada por el autor. Modalidad virtual. 2 de febrero de 2024.

Entrevista a XXX. Realizada por el autor. Modalidad presencial. 2 de febrero de 2024.

“Carta al Dr. Gimenez”, Nombre del Archivo, Fecha del Documento.

Publicaciones periódicas consultadas

Diario La Nación. Argentina. Años 2010-2020

¹⁰ Notas al pie [Fuente Garamond 10, interlineado sencillo, justificado, primera palabra del párrafo a 4 cm, Sin espacio después del párrafo]

¹¹ Cotejar que todas las citas bibliográficas estén correctamente referenciadas, de modo que cada cita esté respaldada por una entrada correspondiente en la sección de Referencias bibliográficas, y viceversa. Toda vez que exista, debe citarse el DOI de los artículos on-line. También es fundamental que todos los links que aparecen en el manuscrito estén activos y funcionando correctamente.